

México y América Latina en los noventa

La reciente visita del presidente Salinas a varios países de América Latina puede ser una buena ocasión para reflexionar sobre el significado que puede tener para los mexicanos la siempre discutida denominación de Latinoamérica y la relación que podemos tener con estos países.

Hasta principios de la década pasada México se distinguió por ser el paladín de las causas latinoamericanas ante Estados Unidos y los países del hemisferio norte. Basta recordar la postura mexicana-francesa respecto al reconocimiento del FMLN como una fuerza política con legitimidad en El Salvador. Esta política cambió a partir de 1982 con el ascenso de Miguel De la Madrid a la presidencia de la república, cuando el gobierno de México intenta, a través de su política exterior, negociar para conseguir la benevolencia del vecino del norte y no tanto para ayudar a nuestros hermanos del sur. Cabe recordar que esto no fue fortuito, pues en esos años el pago de la deuda externa se hacía cada vez más pesado y difícil para el país, de tal manera que el cambio es explicable aunque quizá no justificable.

Ahora nos enfrentamos al reto de poner nuestra estructura económica a tono con los cambios que el mercado mundial vive actualmente. Así las cosas, la pregunta es: ¿para qué asociarse con países más pobres que el nuestro, los cuales no pueden ni vendernos ni comprarnos bienes y servicios en cantidades que signifiquen beneficios contantes y sonantes tanto para ellos como para nosotros? De aquí surgen nuestras reflexiones.

Pongamos sobre la mesa las cuestiones que se debatan sobre el primer tema anunciado arriba: ¿realmente existe América Latina?

Bolívar decía que sí, pero la última novela de García Márquez, *El general en su laberinto*, parece indicar el

término de ese sueño al caer en la cuenta de que Bolívar es un derrotado de nuestra historia. Con todo, siempre se puede decir que hablamos el mismo idioma o uno parecido en el caso de Brasil, que tenemos los mismos ascendientes, que profesamos la misma religión y mil argumentos más.

Si nos remitimos a la realidad la cuestión es un poco diferente: los países de esta porción del mundo tienen pasados y presentes muy distintos, y aún cuando podamos periodizar algunos trechos de nuestra historia como si fueran comunes, nos encontramos con tantos matices que empezamos a dudar de si realmente comulgamos en todo lo dicho anteriormente. Un ejemplo: en Bolivia el 50% de la población económicamente activa se dedica a la agricultura, mientras que en Argentina sólo el 13% de la misma porción de sus habitantes lo hace. Y así como acudimos a este caso podrían añadirse otros donde podemos ver datos que van de un extremo a otro en aspectos como densidad de población, educación y, sobre todo, estructura económica.

Por todo esto la respuesta a la pregunta planteada no es tan fácil. Más bien debería afirmarse que provenimos de un pasado tan heterogéneo que la construcción de un único presente es casi imposible, pero que tenemos dos rasgos en común que impulsan la conveniencia de nuestra unión: la dificultad para alcanzar la justicia en nuestras sociedades y para ser tratados dignamente por los países del norte.

Ahora bien, ¿qué relación puede tener México con los países de América Latina?

En primer lugar, la relación de México con América Latina es de índole histórica: no se puede dejar de lado el pasado sólo con voltear la vista; es necesario cultivar la relación por la simple y sencilla razón de que México

está unido a esos países por su origen. La génesis explica y ayuda a interpretar el presente.

En un mundo marcado por la búsqueda de relaciones económicas provechosas, México debe encontrar mecanismos para que sus ligas con los mercados latinoamericanos sean útiles. En este sentido las relaciones serán más diversas: no es lo mismo, ya lo dijimos, Nicaragua que Brasil, así, lo único seguro es que el trato no podrá ser al mismo nivel. En este aspecto no se puede soñar con un mercado común o con la unidad a toda prueba. De esta manera, la pregunta de si nos conviene tratar con países pobres debe matizarse y la respuesta debe madurarse lentamente, de tal forma que se consigan ganancias, pero también relaciones justas para todos los países con una estructura económica débil -entre los cuales se encuentra México.

Por último, es muy importante para Latinoamérica acabar con la OEA tal como ahora funciona. Ya vamos hacia allá: recuérdese Panamá. Pero todavía dependemos en demasía de lo que Estados Unidos haga o diga en ese foro. El mecanismo de concertación iniciado hace dos años, al que acaban de ingresar Chile y Bolivia, es una idea que debe seguir su camino para construir un organismo latinoamericano sin imposiciones de ningún tipo.

Muchos dudan de la política exterior del actual gobierno, pero lo cierto es que sin tantas declaraciones se sigue pensando en qué hacer en América Latina. Esto ya es un avance. Por otro lado, no podemos olvidar que nuestra relación ya no puede ser la misma: ya no hay dictaduras tan sangrientas como hace diez años, ya no hay exiliados a quien recibir, ya no podemos solamente soñar.

Luis José Guerrero Anaya